

En la quietud, se vió resplandecer crudamente, entre los dedos de Monera, la naranja de su gordo reloj de oro. Y al cerrar la hojuela, crujió tanto el muelle, que don Daniel se asustó (Págs. 746-747).

¡Qué terrible inmovilidad casi de figuras de cera la de estos personajes! ¡Qué denso silencio, roto al fin por el chasquido de la tapa de un reloj, capaz de poner en movimiento a esos hieráticos personajes de retablo! Todo en la descripción es silencio y quietud, todo es duro y frío. Fijémonos en la adjetivación. De D. Alvaro se dice que estaba «rígido y pálido»; de otros tres personajes, «inmóviles y silenciosos». Nadie habla ni se mueve. Todo tiene un contorno muy acentuado, un perfil durísimo. No en balde hay en la descripción rigidez, cobre y piedra, la de la frente de D. Alvaro. Sólo parece moverse débil, estremecidamente la barba vegetal de este personaje.

Paulina es una quieta y bella figura, virginal en la descripción, aureolada por Miró de blanco y azul sobre un gótico fondo de ventanal.¹⁰

Hay también un dorado relámpago—«se vió resplandecer crudamente»—rompedor del silencio y de la quietud. Es como el ruido o el encenderse de un mecanismo que diera movimiento y sonido a las frías figuras de cera.

En la misma novela, y semejante al efecto del sol en el pelo infantil o al crudo resplandor de la hoja del reloj, encontramos la siguiente plástica y apretada descripción:

El esposo cortaba pan, y la luz del quinqué se quebró en la hoja de su cuchillo, encendiéndole los pómulos (Pág. 780).

Casi es inevitable pensar en un pintor como Rembrandt, a la vista de tan delicados efectos de luz y sombra.

Las consecuencias de verlo todo como estampa son las que determinan la personalísima prosa mironiana, y por eso, en cualquier estudio estilístico que de ella se haga, habría siempre que tenerlas presentes.

